

WAHNÓN, Sultana y ROSALES, José Carlos, eds. *Luis Rosales: Poeta y crítico*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1997. 214 pp. (ISBN: 84-7807-185-7)

Urgente era un libro de esta índole: recuperativo, esclarecedor, arriesgado. El libro se publica ahora a raíz de un ciclo de conferencias pronunciadas, en Granada, en 1993, un año después de la muerte del poeta-crítico granadino, Luis Rosales. Se trata de la aproximación a un poeta —y una “generación” (valga el término)— olvidados y malinterpretados a causa de prejuicios latentes todavía hoy en la recepción pública: es una labor de recuperación y depuración. Pero también arriesgada, debido a esos prejuicios, a veces rencorosos, que aún perduran en algunas antologías de la poesía española del siglo XX de reciente publicación. El libro es importante, pues, desde su enfoque mismo, para con Luis Rosales y la lírica española de la posguerra. El afán clasificador que marca buena parte de la crítica española de toda ideología y época —esto es, crear categorías, “buenas” y “malas”, a costa de la individualidad del objeto de estudio— ha hecho que un volumen como éste tarde tantos años en cuajar; asombra la escasez de estudios dignos anteriores. La necesidad de este libro es especialmente pertinente a Rosales y los componentes de su “generación” (Panero, Vivanco...), que han ido pasando a la historia como poetas sin público, quizás por llegar en mal momento y verse eclipsados por el tumulto cultural de su época. Y es así a pesar de unos versos simplemente buenos.

Tras una introducción sintética de Sultana Wahnón, el libro se divide en un doble plano: el primero dedicado al Rosales-poeta, y el segundo al Rosales-crítico. Cabe señalar la equilibrada disposición del estudio que destaca por su coherencia y suave progresión. Así, el primer estudio, de Fanny Rubio, repasa el panorama cultural de la inmediata posguerra, delimitándose luego al ámbito poético y, después, a la ubicación en él del joven poeta y pensador (dos facetas con demasiada frecuencia desunidas). Es un ensayo muy interesante, de una estudiosa de muy solvente autoridad en la materia, al que dedicaré mayor atención. José Carlos Rosales aporta el segundo trabajo, que abarca la obra poética de Rosales desde una perspectiva global. Tras este análisis de carácter introductorio, María Payeras Grau estudia la obra que considera la mejor revelación poética de Rosales, *Diario de una resurrección*, en relación con otras obras anteriores y posteriores, pasando después a un análisis pormenorizado de la obra en sí. El segundo apartado

del libro, el que enfoca la labor crítica de Rosales, se inicia con un trabajo de Sultana Wahnón sobre la evolución de las ideas estéticas del poeta-crítico hasta su desembocadura en una “crítica liberal”, alejada ya de los parámetros de la cultura oficial. Esta nueva fase crítica es el tema del siguiente ensayo, de Francisco Linares Alés. Finalmente, el libro concluye con un interesantísimo estudio de Ricardo Senabre, de enfoque más específico, sobre la constante presencia de Cervantes y el Conde de Villamediana en la obra crítica de Rosales. Dedicuemos unas líneas a estos ensayos, aunque prestando más atención, por razones de espacio, a unos que a otros.

El ensayo de Rubio introduce sutiles matices en la historia literaria de la primera posguerra, gracias a los minuciosos detalles que aporta, salvaguardando con esa objetividad un tema fácilmente manipulado. La labor crítica de Rubio en este campo es ya notoria (recuérdese su antología publicada hace unos años y artículos como “La poesía española en el marco cultural de los primeros años de posguerra” en Cuadernos Hispanoamericanos, 276, junio 1973, pp. 441-467, además de sus investigaciones sobre revistas poéticas). Su estudio está encaminado a insertar a Rosales dentro de un panorama cultural heterogéneo. Cierto es que Rosales es un reformador que opera desde dentro de la cultura oficial, pero esa “cultura” no es un bloque, como muchas veces se concibe. Hay tensiones, tendencias divergentes, y en un ámbito aperturista sitúa Rubio al poeta, resaltando su creciente preocupación existencial y “rehumanización” —dirección abogada por él años antes del estallido de la guerra civil y, después, en oposición a la “sacra” poesía “nacional-católica” del nuevo régimen político—. Se trata, como es sabido, de una poesía humana intimista —burguesa, digamos—, de un “realismo trascendente” que, eso sí, va dirigido (porque de él arranca) al “hombre entero”, de acuerdo con la visión renacentista de Rosales de lo que “debe ser” la poesía. El hombre “entero”, en una época cuyos mejores frutos serían dados por hombres definitivamente rotos, caídos. Es una interesante contradicción —propia de su grupo— de reivindicar un clasicismo equilibrado con un “fondo” moderno: lo humano, claro está, forzosamente tiene que ser lo humano de hoy. Y el Rosales-crítico, curiosamente, no encubriría esta verdad (véase el artículo de Senabre, que subraya la idea de Rosales de que la literatura no tiene “una” lectura, sino una lectura circunstancial, histórica, “generacional”). Pero Rosales era así: defensor, por un lado, de ideas estético-ideológicas “falangistas” (al menos inicialmente) y, por otro, “padrino” de escritores

del talante de Onetti. Gracias a estos matices, y sin proponérselo explícitamente, el ensayo de Rubio nos puede dar pistas para al menos comprender esa incógnita, esa pregunta personal que todos nos hemos hecho (y razón parcial del olvido del Rosales): ¿cómo es posible que, tras el asesinato de su amigo en Vízcar, permaneciera en la Falange?

El estudio global de José Carlos Rosales es una interesante exposición de lo que, según él, es el eje unitario y generador de la obra del poeta: la “poética de la memoria”. Empieza por señalar la evolución general de la poesía española de los años treinta (frente a la tradicional división 27/ 36) hacia una estética garcilasista, abandonando la gongorina: se refiere a la “rehumanización”. La exposición puede interesar al lector que se interroge sobre la trayectoria del poeta, y no será defraudado. Pero, decía, la variedad de su poesía se resume en la importancia de los recuerdos como cimiento de nuestro presente y de nuestra identidad. A esto nos referimos al hablar de la poesía “intimista” e “intrahistórica” de Rosales. El ensayo es interesante, aunque sobran unas valoraciones demasiado afectivas e infundadas (en el contexto del trabajo): considerar, por ejemplo, *La casa encendida* como una de las creaciones más valiosas del siglo XX. Sin restar la importancia que tuvo la obra en un ambiente poético determinado, esta convicción, creo, habría que discutirla.

Payeras Grau realiza un estudio comparado entre *Diario de una resurrección* y *Abril* (la primera obra del poeta), *La casa encendida* y la tetralogía incompleta, *La carta entera*, pasando después a un análisis del *Diario*. Aquí se aprecia la evolución real de Rosales referida a sus escritos con sagaces análisis interpretativos. Sorprende la variada gama de posibilidades poéticas que explora Rosales a lo largo de su producción, siempre respondiendo a vivencias interiores muy personales de las cuales, en algún momento, llega a extrañarse, alienarse. Todo señala que Rosales, por su empeño, es un poeta sincero, cualidad imprescindible –y no tan frecuente– para todo creador poético.

El segundo apartado del libro, que se ocupa de la tarea crítica de Rosales, se inicia con el ensayo de Wahnón referente a sus presupuestos estéticos. Repasa los escritos de Rosales sobre *La voz a ti debida*, donde expresa su radical desacuerdo con la poesía moderna, falta de ese equilibrio entre la vieja fórmula de “fondo y forma”; recordemos que se trata de un crítico que se afana por volver al “hombre entero” (la angustia, para él, no se permite en la poesía). El poemario de Salinas será, pues, ejemplo de la poesía

como “debe ser”, y explicará la gestación de su propio libro primerizo, *Abril*. Prosigue la autora con otros escritos de Rosales sobre el *Romanceo gitano* lorquiano, en el que polemiza con la teoría orteguiana de la psicología creadora andaluza y empieza a esbozar lo que será su “teoría de la figuración”, que completará en otro trabajo que atribuye ese “estilo de la figuración” a la causa de la decadencia de la lírica española que empieza con el desbordante intelectualismo de Góngora, y cuya contrapartida se halla en el “estilo de la representación” clásico de Garcilaso, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Prosigue Wahnón con un repaso de otros estudios de Rosales que amplían este último tema, y abarcan otros como la evolución del amor desde Garcilaso hasta Góngora. Concluye señalando su alejamiento, en los años cuarenta, de la estética “oficial” y de sus propios presupuestos iniciales, su paulatina aceptación —o reconocimiento— de los logros poéticos anteriores a la guerra civil, y su acercamiento a las ideas de Dámaso Alonso. El ensayo cumple muy bien con su propósito: sintetizar las ideas estéticas de Rosales, e interesa en cuanto que ofrece aspectos poco conocidos.

El artículo de Linares parte de la crítica de Rosales en la posguerra (alrededor del año cincuenta), cuando comienza a manifestarse una nueva dirección, más “liberal”: la partidaria de la expresión individual del poeta. Es en esta época cuando escribe sus tratados más conocidos, aunque, como señala el autor, carecen del rigor de un método sistemático de estudio. Le preocupa el concepto de la libertad, que analizará en varios libros, arraigada en una perspectiva inequívocamente católica. A veces, vuelve a sus teorías de los años treinta pero con acento nuevo, y otras, estudia las obras de poetas contemporáneos tales como Bécquer (por quien evidenciará una gran admiración), Rubén Darío, Antonio Machado, Panero y Neruda.

Por último, pasemos al ensayo de Senabre, con el que se concluye el libro. Se trata de una indagación en las razones por las cuales Rosales estudió con tanto empeño la obra de Cervantes e investigó insistentemente la oscura muerte de Villamediana, los dos escritores a los que más atención presta. En ambos casos, el autor aporta explicaciones verosímiles y claras, entrando no sólo en el contenido de los escritos pertinentes de Rosales, sino en las posibles motivaciones más íntimas. No trazaré aquí las ideas expuestas, sino que me limitaré a subrayar que se trata de una valiosa aportación al estudio de Rosales, no sólo por abarcar aspectos nuevos de forma intuitiva e inteligente, sino también por revelar un rasgo personal del

poeta-crítico: su entrega sincera al escritor que estudia, su “compasión”. He aquí la nota más importante de toda su obra crítica.

A pesar de la calidad del libro, el lector echará en falta la ausencia de estudios sobre una faceta muy ignorada (aunque quizás uno de los mejores logros) del poeta: su prosa lírica. Se hace mención de, por ejemplo, *El contenido del corazón*, pero sin adentrarse críticamente. Y es un aspecto fértil de su escritura que, a mi modo de ver, supera sus incursiones en el verso libre que, no obstante, recibe mayor atención tanto en este libro como en los estudios existentes. Tampoco se discute la vigencia del poeta, la influencia que haya podido tener en poetas más jóvenes (aunque se afirma varias veces su importancia entre sus coetáneos de poética parecida). Serían estudios más subjetivos, pero necesarios para completar esta excelente colección de ensayos. Una colección que ayuda a recuperar a un poeta injustamente postergado que vino con un mensaje refrescante, aunque desengañado, en un tiempo lóbrego: “Quiero decir una cosa tan sólo: que creo en la poesía [...] sabiendo que la palabra con que lo digo es sólo una impalpable y adherente traducción de ceniza” (de Antonio Molina; *Poesía española contemporánea. Antología (1939-1964). Poesía cotidiana; 1966*).

Michael Peluse di Giulio

MÁRQUEZ, Ismael Pedro y FERREIRA, César, eds. *Asedios a Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Pontificia Universidad Católica, 1996. 320 pp. (ISBN: 9972-42-038-8)

Ismael P. Márquez y César Ferreira son los responsables de este primer intento de compilación de textos críticos sobre la obra de Ribeyro. El libro nos ofrece una treintena de aproximaciones que van desde la mera apreciación impresionista hasta el más riguroso ensayo crítico. Estructurado en función de los diversos géneros cultivados por el escritor peruano, con su lectura puede transmitirse una idea exacta de cómo ha ido evolucionando la crítica sobre el autor: desde los primeros balbuceos hasta la incorporación de los estudios más sistemáticos.

La obra incluye en sus primeras páginas la voz de Ribeyro a través de varios textos. Los primeros son de carácter autobiográfico. En otro nos muestra su decálogo del cuento, seguido de un consejo muy ribeyriano: “Lo más aconsejable es transgredirlo regularmente, como yo mismo lo he hecho.”